

## El mensaje de Lenin

=De El Tiempo, Bogotá.=

«Sólo él es necesario hoy al porvenir; es el piloto en el caos», exclamaba Luis Tejada, de rodillas ante Dios, porque él si creía en Dios, cuando el cable anunció una enfermedad misteriosa del que, en medio de su sencillez, o con ella por escudo, mientras las ideas penetraban como lanzas, se había convertido en un nuevo zar de Rusia. La unción del escritor es la misma de las masas proletarias ante la memoria del piloto. Hay un sentido místico tan hondo en esa devoción y fue tan intensa la influencia de Lenin, que basta el dato de que quince millones de copias, de un retrato suyo de cuerpo entero, se vendieron en un año, para comprender todo lo que hay de tierno, además de religioso, en el anhelo de tener su imagen en todos los hogares.

Nunca habló por hablar, por simple compromiso, para corresponder a una atención o para que el pueblo satisficiera su curiosidad de verlo y de oírlo. Habló siempre para decir algo, para hacer comprender una teoría, para explicar el sentido de la revolución, para agregar a la masa de sus doctrinas y preceptos la levadura del entusiasmo popular. Cada una de sus arengas era acción. Cada uno de sus libros, un combate. Se cuidaba muy poco del efecto oratorio, y mucho del efecto revolucionario. Discursos suyos hay que parecen un flamear de banderas. Otros que equivalen al empuje de la catapulta contra el viejo muro de un régimen, contra la estatua de un ídolo.

No era hombre de muchas ideas sino de mucha fuerza para entronizar algunas. Claramente veía su derrotero y lo seguía sin cansarse. Pocos hombres han tenido el mundo tan confiados como él en la pronta o remota, pero indefectible,



Vladimir Illitch Oulianov o Nicolai Lenin

realización de su programa. Hizo diáfana la niebla de Karl Marx. Le encontró lagunas. Las llenó, y quiso que su vida no fuera un comentario sino una explicación de lo que había hallado justo en días de persecución y de ostracismo, consagrados a la meditación del humano sufrimiento. No le interesaba la abeja sino la colmena. Veía los grupos, no los individuos. Iba en pos de su

L. E. Nieto Caballero

ideal como hombre lúcido, pero aplastaba a sus opositores al pasar, como un sonámbulo.

Y este es su mensaje. Del acervo de su propaganda, uno de quienes mejor la entendieron, el aristócrata Mirsky, dedujo cinco puntos. Queremos resumirlos:

1.º No habrá explotación del hombre por el hombre.

2.º No debe causar miedo el desencadenamiento de las fuerzas revolucionarias de los explotados, que habrán de conducirse de *manera plebeya*, aunque se ofendan las susceptibilidades sentimentales y estéticas de los intelectuales.

3.º La revolución es un arte y una ciencia cuyo fin no es la emoción sino la transformación.

4.º Hay que sobrepasar a los regímenes capitalistas desde el punto de vista de la producción.

5.º A cada cual debe dársele de acuerdo con sus necesidades y pedirle de acuerdo con sus capacidades.

En esos cinco puntos caben cinco revoluciones terriblemente largas y terriblemente sangrientas. Lenin hizo una sola que, muerto él continúa. Desde el sarcófago del Kremlin dirige a sus huestes, sin necesidad de la palabra rápida, fogosa, dura y del guiño de ojo irónico y a la larga sarcástico.

Sus fórmulas siguen siendo la estrella orientadora, la orden decisiva, el mandato del látigo. De las clases obreras ha de surgir una nueva casta de intelectuales, menos sensibles, menos artistas, pero más eficaces que los otros. Lo soñó así Lenin. Lo está procurando Stálin. El porvenir dirá si se realiza el sueño. Si esos hombres surgen, preparados como los conductores libres lo intentaron, y como lo intentan, el cadáver de Lenin se estremecerá de regocijo y la humanidad sabrá el valor de su mensaje.

*Nocte quidem; sed luna videt, sed sidera testes  
Intendunt oculos. Finitum tempus honoris  
Quum fuerit, clara Damasippus luce flagellum  
Sumet (1).*

Séneca se escandalizaba ¿sabéis de qué? De que hubiese quienes gastasen el lujo, a su juicio, innatural, de refrescar bebidas mezclándolas con nieve (2).

Plinio nos afirma que el más criminal de los hombres es el que inventó la moda de llevar en los dedos anillos de oro; "Pessimum vitae scelus fecit, qui id (aurum) primus induit digitis . . . quisquis primus instituit cunctanter id fecit, laevisque manibus, latentibusque induit." (3).

Apuleyo tuvo que defenderse cuando se le acusó de haber elogiado los polvos para limpiarse los dientes, y lo hizo, entre otros

modos, alegando que la Naturaleza había dado el ejemplo de esta forma de aseo en los cocodrilos que periódicamente dejaban las aguas del Nilo y se mantenían fauciabiertos en las márgenes del río para que cierto pájaro les limpiase con el pico los dientes (4).

De la lectura de la patristica sería fácil deducir que la ofensa mayor que puede perpetrar un cristiano es usar peluca, o teñirse el pelo. Clemente de Alejandría dudaba de la validez de ciertas ceremonias eclesíasticas sobre esa base, porque, decía, cuando el sacerdote pone la mano sobre pelo postizo, ¿a quién bendice? Tertuliano temblaba de sólo pensar que miembros bautizados de la iglesia llevasen pelo de individuos condenados; y hallaba, en los rелenos de cabello postizo que se usaban en su

día, una clara rebeldía contra la declaración evangélica de que el hombre no puede aumentar su estatura, y en las tintas de teñirse, violación de la palabra de Dios referente a que nadie puede volver un pelo blanco o negro. Siglos más tarde, destrozado el imperio Romano, ahogado el mundo en vicios y miserias, los santos Padres, oh estrechez de amplios espíritus, continuaron con vehemencia nunca disminuida su guerra contra el pelo postizo. Guerle, en su *Eloge des Perruques*, ha recogido las maldiciones que contra las pelucas lanzaron esos hombres de palabra fiera que fueron San Ambrosio, San Jerónimo y san Gregorio Nacianceno.

¿Que le vamos a hacer?

¿Yo? ¡Reirme!

Persiles

Heredia, Diciembre de 1931.

(1) Sat. VIII, 146.

(2) Nat Quaest. IV, 13; Ep. 78.

(3) Hist. Nat. XXXIII, 4.

(4) Véase su Apología.